

MASCARADA

Estoy frente al portón de chapa con Turo. El ruido metálico de la cadena del candado deslizándose me provoca una descarga de adrenalina que me sacude el cerebro y las entrañas. Trato de recuperarme y, sin dudar más, empujamos el portón.

Me sudan las manos y mi pierna derecha me sostiene a duras penas. La otra, la que es también mía, pero pagada en dólares, permanece rígida. Manejar una pierna ortopédica insume tiempo y esfuerzo, así que me permití dudar de que si podría caminar con cierta soltura. Ante ese gesto de duda, siento la mano sobre la espalda. La mano amiga que nunca me abandonó. Esa que me cebó mates interminables en noches de insomnio y amargura. Un cebador como el Arturo no es fácil de describir. Porongo, buena yerba y alma paciente. Fue mi muleta amiga en todo el sentido de la palabra: hasta que aprendí de nuevo a caminar me sostuvo, y me alentó ante cada renunciamiento de mi voluntad. –¿Seguro que no hay nadie, Turo? – digo esperanzado. No quería encontrarme con nadie.

El sol flaco del atardecer entra por los altísimos tragaluces. Es preciso acomodar la visión, adaptarse a ese adentro del galpón y esperar a que los latidos del pulso se calmen. Parpadeamos.

–¡Dale, metéle, quién va andar a esta hora!

El lugar me resulta insólitamente nuevo, aunque tan conocido. Espacios altos y amplios donde se albergaban los arcoíris de mi infancia y adolescencia. De tinglado a galpón, ocupamos otros espacios, pero no hubo grandes cambios: nuestro *payé* iba en cada mudanza.

No hay corcoveo que alcance a desensillar el recuerdo. Inoportuno y lacerante se aparece y nos quedamos largo rato en un rincón: mate y silencio paciente, y toda una vida de amistad, terapia de playa y río. Remar en contra de la corriente, destino de islero y saltimbanqui.

Junto a mi madre aprendí a circular por esos pasillos coloridos y el murmullo de los artesanos y las familias. Ella nunca se animó a bailar, pero es la mejor bordadora del equipo. Mamé el ritmo desde gurisito, ya entonces mis piernitas chuecas se zarandeaban al compás de la música. Me dormía en brazos de alguna costurera o en una hamaca

improvisada entre plumas y tules. Mi segunda casa. La música del samba fue mi arroró. Y en un instante todo eso se derrumbó.

Mi amigo me alcanza el mate para soportar el cimbronazo. La tarde se está agazapando tras las chapas.

–Mi voz tiembla cuando le digo –¡Cambiá la Rosamonte, Turo! Este mate está salado.

–Prendo las luces, me avisa – y levanta la tapa de la caja de conexiones eléctricas.

Se expande, mágicamente, la música que, desde un equipo de música, alguien dejó conectado y no puedo evitar la sonrisa. Es una transfusión de alegría.

Me dejo capturar por el sortilegio del momento.

En un simultáneo juego de la memoria, los dos miramos hacia arriba. Chucea fiero el recuerdo.

Arturo y yo, subidos a los andamios para ajustar las luces de la carroza, enredo de lámparas y reflectores. Abajo, el director dando instrucciones.

Faltaba solo un mes para lanzar la temporada y por todos lados la agitación era evidente. El diseñador agitaba los brazos como una mariposa desorientada, un grupo de la batucada hacía ronda para probar los cueros. En una esquina, mateando sin pausa, una parte de las bordadoras. En otra mesa costureras y artesanos: lentejuelas, perlas y cristales desperdigando brillos y colores. Un mar de plumas que ondean en formas y tonalidades. Gozaba desde la altura, con la visión que se iba ensanchando, y el contento crecía dentro de mi pecho. Era ya el segundo año que participaría como pasista. Corría cada tarde al taller, afiebrado de carnaval.

La expectativa no me dejaba dormir, mi pareja de baile era la más linda del mundo.

Estaba enamorado hasta el hueso de la morocha que me había aceptado en la escuadra y en su vida. Marianela lleva aprisionado el ritmo en su cadera.

Desde el taller de soldadura llegan con el mascarón que se instalará en la carroza, tiene varillas que se desprenden como abanico y un gurí grandote la levanta. Su visión está obstruida por la enorme estructura y al girar golpea el costado de la carroza sobre la estábamos haciendo malabares con los cables. No hay aviso de que frene el envión y el choque es inevitable. Turo queda, con sus manos, prendido de un cable de alambre, se lastima, grita. El que se precipita al vacío soy yo, que trato, pero no puedo asirme a nada.

No atino ni a gritar en un caleidoscopio vertiginoso. El tiempo queda suspendido en un baile que mi cuerpo ejecuta involuntariamente: desprolijo, infinito y envolvente.

No hay dolor en mi pierna que se enreda; chisporrotean los cables antes de dejar todo el galpón a oscuras. En un click piadoso se apaga mi mente.

Eso me dijeron – ¡Quedó todo a oscuras, che! se cortó la luz de golpe.

El ensayo de los bombos absorbió el ruido de la caída. Y fue silencio solo un segundo y luego el griterío: ¡El Turo y el Gurí!

Eso me contaron.

Costó mucho.

Varias semanas estuve como en otro planeta, como desterrado de la vida. Me lo repitieron las mil veces que pregunté porque no recordaba nada. No reconocí ni a mamá ni a la morocha que me amaba ni a nadie, juro, a nadie. Hasta que un día abrí los ojos y ahí estaba, sentado al lado de mi cama del hospital, como loco solo. Lloraba el Arturo, mate en las manos vendadas y barba de varios días. Sintió mi mirada y ni palabras hubo, solo una sonrisa cansada y una chispa de alegría infinita en el fondo de nuestros ojos.

Sus manos y mi pierna se fueron curando, pero a distinto ritmo. Lo mío pasó de infección a cirugía, de medicación a tratamientos crueles y finalmente amputación.

Hasta que pude adaptarme a la prótesis ortopédica y aprender nuevamente a caminar. Mi mente, sin embargo, no se rendía a la idea de dejar de bailar. Acepté largas horas de kinesiología y aporté poco esfuerzo por reponerme en los meses siguientes. Marianela, Turo y mi madre me acorralaron: montañas de revistas, papeles y lápices de colores, videos de diseño de indumentaria, aprendí a manejar la compu, tomé clases por internet y descubrí otras posibilidades de seguir en el mundo del carnaval. Así que estaba emprendiendo ese camino sin mucho convencimiento, pero con un título de diseñador bajo el brazo, que desdeñaba.

–¡Vámonos, Turo! – me brotó de la garganta apretada.

Con dificultad comencé a retroceder, pero choqué con una muralla humana. Allí estaban todos, en total silencio, respetando mis tiempos.

La voz de mi madre sonó fuerte – ¡De acá no se va nadie!

El beso de la Marianela terminó de quitarme el aliento.

Las chapas del tinglado se sacudieron con el *sapucay* del Turo.

Pseudónimo: Arlequín

